

V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2008.

La reorganización de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires tras la vuelta a la democracia (1984-1990) .

Blois, Juan Pedro.

Cita:

Blois, Juan Pedro (2008). *La reorganización de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires tras la vuelta a la democracia (1984-1990)*. V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-096/269>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

V Jornadas de Sociología de la UNLP y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales

Autor: *Juan Pedro Blois*

Pertenencia institucional: *UBA, IIGG, becario Conicet*

Correo electrónico: *pedro.blois@gmail.com*

La reorganización de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires tras la vuelta a la democracia (1984-1990)

Juan Pedro Blois¹

Introducción

Desde su creación en 1957, la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires ha tenido una trayectoria accidentada. Las cambiantes coyunturas políticas nacionales sumadas a la aparición de profundas controversias entre los sociólogos -que superaron en intensidad a las propias de todo ámbito académico-, delinearon una historia en la que resaltan las rupturas sobre las continuidades. Lejos de un continuado y progresivo proceso de institucionalización, se produjo una sucesión conflictiva de etapas en las que la orientación de la carrera variaba sustancialmente. Cada etapa, que no duraba más de cinco o seis años, se presentaba como refundacional e impugnaba lo hecho hasta entonces.

La reconstrucción de la Carrera tras la vuelta a la democracia, en contraste, inauguró un período de inusitada estabilidad que se extiende hasta nuestros días, caracterizado por la permanencia en el tiempo de profesores, materias y plan de estudios así como por la convivencia de estilos y formas de entender la disciplina que anteriormente se consideraron excluyentes.

La estabilidad y la duración de lo conformado desde mediados de los ochenta justifican, según nuestro parecer, una mirada a ese momento de reconstrucción que, curiosamente y en contraste con anteriores etapas², no ha recibido aun suficiente atención. En esta ponencia nos proponemos reconstruir las distintas etapas por las que atravesó la Carrera desde la recuperación de la democracia con el fin de dar razones que sirvan para comprender cómo fue posible la instauración de esta novedosa estabilidad. En la primera parte del trabajo, realizaremos una breve descripción de lo sucedido en este espacio durante la dictadura con el fin de captar cuál era la situación hacia fines de 1983. En la segunda, analizaremos las distintas gestiones, de perfiles distintos, que se

¹ Sociólogo, becario CONICET, UBA, IIGG. El presente estudio presenta los primeros hallazgos de una tesis en curso.

² Al respecto, pueden consultarse Blanco (2004,2006), Buchbinder (1997), Neiburg (1998), Noé (2005), Rubinich (1999), Sidicaro (1993).

sucedieron en la dirección de la carrera. Finalmente, presentaremos una reflexión sobre las condicionantes que confluyeron en la consolidación de cierta carrera en lugar de otras posibles³.

La Carrera durante la dictadura. Marginación y vaciamiento

A fines de 1983, la Carrera de Sociología era un espacio marginal, sumamente aislado del medio cultural y académico más general. Esta situación no había sido una constante en su trayectoria y contrastaba fuertemente con ciertas etapas de su accidentada historia. En efecto, al momento de su fundación a mediados de los cincuenta, la Carrera había sido un ámbito importante de la modernización cultural que vivía el país y había participado de manera protagónica del debate que desvelaba al campo cultural y político de entonces: la naturaleza del peronismo y su pervivencia. Más tarde, había constituido un ámbito relevante en el proceso de fuerte politización que signó a la sociedad argentina a fines de los sesenta y comienzos de los setenta. Sin embargo, a partir de las medidas represivas instrumentadas en el ámbito universitario, esta visibilidad había sido reemplazada por un fuerte aislamiento.

A mediados de los setenta, la Carrera fue inicialmente cerrada y separada de la Facultad de Filosofía y Letras, institución en la que había sido fundada, y luego de cierta incertidumbre sobre qué destino darle, reabierta en 1977 en condiciones irreconocibles. Emplazada en el subsuelo de la Facultad de Derecho -ubicación que expresaba la valoración que de ella tenían las nuevas autoridades de la Universidad-, las condiciones materiales de cursada habían empeorado severamente. Los nuevos profesores, poco especializados en la disciplina, habían mantenido escasas vinculaciones con la Carrera y pudieron acceder sólo gracias a la exclusión de quienes habían enseñado anteriormente⁴. Hubo, asimismo, una fuerte baja del número de estudiantes, una novedad en el marco de la tendencia de una matrícula que, en el clima de optimismo modernizador primero y de fuerte politización después, siempre se había mostrado ascendente.

³ Este trabajo está basado en entrevistas a informantes clave y en material documental del período (concursos, programas de las materias, octavillas de las agrupaciones estudiantiles).

⁴ Tan es así que se incorporaron algunos que habían enseñado sociología en la Facultad de Filosofía y Letras antes de 1955 y que habían sido excluidos por Germani. Sobre lo ocurrido en la carrera en este período existen pocos estudios. Alguna información puede extraerse de Perel *et al.* (2007) y de Raus (2007).

Como es sabido, a este vaciamiento intelectual correspondió una dinamización de otros espacios que, fuera de la órbita estatal, y por lo tanto menos expuestos al control de las autoridades –como los centros académicos independientes y ciertas universidades privadas-, sirvieron de refugio para los sociólogos que habían sido separados de sus cargos. En el caso de la última dictadura militar, esto se dio junto a la emigración de varios profesores que, amenazada su propia vida por la represión, se vieron obligados a dejar el país.

La política “refundacional” de los radicales en la universidad

El retorno a la democracia abrió una nueva etapa en la Universidad de Buenos Aires. Poco después de asumir, el partido radical dispuso la puesta en vigor de los estatutos universitarios que habían estado en vigencia hasta 1966 y estableció el plazo de un año para la normalización de las universidades nacionales en base a tres principios presentes en su plataforma electoral: autonomía, cogobierno y libertad de cátedra⁵.

La política del gobierno nacional y del Rector normalizador, Francisco Delich, se pretendía “refundacional”: acabar con la práctica de las exclusiones basadas en motivos políticos y establecer una perdurable autonomía de la institución universitaria. Para ello, buscaba promover la convivencia entre los profesores que habían formado parte de la universidad en los años de dictadura y aquellos que habían sido separados de sus cargos. Según su diagnóstico, tal como relatara poco después de abandonar su cargo, “la historia del desarrollo universitario es la expresión misma del desorden institucional del país desde 1930 [...] Las purgas universitarias fueron constantes desde entonces, particularmente salvajes en 1930, 1943, 1945, 1946, 1955, 1956, 1973/74 y 1976. Romper esta cadena terrible era para nosotros una necesidad histórica, la condición para comenzar a escribir otra historia [...] Las víctimas y los victimarios, en una historia pendular como la que vivimos, suelen trocar sus papeles [...] Derecha e izquierda, peronismo y antiperonismo, popular o elitista, las denominaciones que asumieron los distintos entreveros tuvieron un denominador común, la exclusión del otro” (Delich,1986:8). Para romper con este “movimiento pendular” el llamado a concursos constituía la única forma legítima para determinar quién podía estar y quién no. Era el medio idóneo para “garantizar que, sobre la calidad académica, todos podamos estar, todos podamos convivir y todos podamos discrepar en la Universidad”

⁵ Al respecto puede consultarse Buchbinder (2005), especialmente pp. 214-219.

(Delich,1986:25). De esta manera, se hicieron masivos llamados a concursos⁶ y se procedió a la revisión de aquellos que realizados en los últimos años de la gestión militar estaban sospechados de haberse realizados en condiciones fraudulentas.

La concreción del compromiso de “no excluir por excluir” que garantizaba a los profesores que habían estado en el Proceso que no serían separados de sus cargos de manera sumaria, se reveló en el ámbito de la Carrera de Sociología muy problemática.

La gestión de Torrado. Recambio docente y conflicto con el rector

La encargada de llevar a cabo la renovación en la Carrera de Sociología fue Susana Torrado a quien se designó como delegada del rector. La elección de una figura de gran trayectoria, discípula de Germani y continuadora de su obra, que había estudiado y enseñado en prestigiosas instituciones del extranjero, parecía expresar una apuesta por llevar a cabo una refundación de la Carrera que la sacara de su aislamiento y marginalidad.

Dadas las condiciones imperantes, la tarea que asumía Torrado presentaba ciertos aspectos análogos a la que había llevado a cabo Germani a mediados de los cincuenta. En la opinión de ambos era necesario generar un espacio de la “nada”. Según Germani, los profesores que habían tenido a su cargo las cátedras de sociología durante el peronismo no hacían sociología, la misma idea tenía Torrado de aquellos que se habían hecho cargo de la Carrera a partir de 1976. Además, había en ambos un claro rechazo a la orientación política de estos profesores, “cómplices” de regímenes -claro está, muy diferentes- visualizados como retrógrados y autoritarios. Por razones académicas y políticas, se trataba, en sendas coyunturas, de formar y convocar nuevos planteles docentes, operación que suponía inclusiones y exclusiones.

En comparación con Germani, la nueva delegada contaba con una ventaja y con una desventaja. La ventaja era que Torrado podía apelar a un grupo numeroso de sociólogos ya formado. Como ella habían pasado por la Carrera, en varios casos habían estudiado en el exterior y eran figuras consagradas en su labor. En contraste, Germani, ante la ausencia de profesores con la formación que juzgaba adecuada para la novel carrera, debió recurrir a diferentes estrategias para paliar este déficit: realizó seminarios informales de formación, estableció una “especialización en estudios sociológicos” para

⁶ Se estableció como condición para normalizar la universidad que el 51% de los cargos docentes fuera asignado por concurso.

graduados de otras carreras y envió a los más destacados de sus discípulos a realizar doctorados en el exterior. Asimismo invitó a profesores extranjeros a dar cursos en la Carrera.

La desventaja de Torrado se hizo visible cuando decidió separar de sus cargos a los profesores de la dictadura, tentativa que se oponía a lo expresado por el rector normalizador. Si Germani había sido parte de un movimiento que en el seno de la universidad buscaba excluir a cualquiera sospechado de “complicidad” con el régimen entonces depuesto, Torrado, era parte de una gestión que impulsaba una política de “no excluir por excluir”. En estas condiciones, su iniciativa de no renovar las designaciones de los docentes que encontró al asumir su función y la convocatoria a ciertos profesores cuyas trayectorias políticas eran cuestionadas desde ciertos sectores del partido gobernante, generó rápidamente un conflicto con la máxima autoridad de la universidad que derivó en su renuncia a poco más de un mes de haber asumido su función.

No obstante estos enfrentamientos, el recambio docente dispuesto por Torrado se mantuvo. Los profesores cuestionados se mantuvieron en sus cargos y, salvo alguna excepción, no hubo reingresos de los docentes excluidos. La movilización de los estudiantes propició lo primero e impidió lo segundo. De esta manera, como había sido constante en la trayectoria de la carrera, el cambio de las autoridades nacionales coincidió con una renovación profunda del plantel docente. Esto la diferenciaría de otras carreras donde el criterio de las autoridades universitarias tuvo más fuerza dando lugar a una renovación menos disruptiva.

A pesar de haber salido airosa del conflicto Torrado no reasumió su función aunque continuó como profesora. ¿Por qué? Más allá de las semejanzas entre esta coyuntura y aquella en la que Germani promovió la creación de la carrera, existían diferencias no menos significativas. La Carrera de Sociología, un espacio sumamente marginal en 1984, no era parte importante del proyecto de reorganización universitaria que se estaba llevando a cabo ni generaba expectativas importantes en los medios intelectuales y políticos en general. Los principales debates en los que participaban los sociólogos consagrados se daban o comenzarían a darse en otros espacios ajenos a la universidad.

Esta marginalidad contrastaba con el momento de renovación universitaria posterior a 1955 cuando la elite reformista dio un fuerte impulso a la nueva carrera. Junto a la también recientemente creada Carrera de Psicología, constituyeron la vanguardia modernizadora en la Facultad de Filosofía y Letras, ámbito que se sumó a su

par de Ciencias Naturales y Exactas, como núcleo dinamizador de un movimiento que buscaba insertarse en un proyecto transformador más general de la sociedad argentina. Pues bien, en contraste, a mediados de los ochenta, la dirección de Sociología parecía requerir un simple “administrador académico” que supervisase la normalización. No había espacio para un “héroe modernizador” que dirigiese los esfuerzos disciplinares y los insertase en los debates del momento. Si este último papel hubiese precisado una figura con trayectoria y prestigio, el primero resultaba muy humilde para alguien de ese perfil. La designación del sucesor de Torrado no hace más que confirmar esta idea.

La gestión de Gravenhorst. Normalización y conflicto estudiantil

El sucesor de Torrado era un joven sociólogo - desconocido entre los profesores que estaban en la Carrera- a quien Delich había conocido durante su paso por CLACSO. En aquel entonces, Cristian Gravenhorst había sido su colaborador y desde esa posición se había ganado la confianza del ahora rector.

Si una figura prestigiosa como Torrado podía hacer pensar en una dirección activa con un proyecto para la reorganización de la Carrera, alguien de los modestos antecedentes de su sucesor implicaba la ausencia de una idea definida para su rearmado. En efecto, sin un plan especial, la gestión de Gravenhorst se presentaba como predominantemente administrativa. Sus objetivos principales serían gestionar la cursada y asegurar el normal desarrollo de los concursos.

En estas condiciones, la continuidad con lo realizado durante la dictadura devino inevitable. Sin una propuesta alternativa, el nuevo delegado del rector se dedicó a asignar las materias -definidas por un plan de estudios de 1976- a los docentes que había convocado Torrado y a otros que, con la reapertura de la carrera, comenzaron a acercarse por su propia iniciativa. Por supuesto, en la visión de los protagonistas, esto constituía una situación pasajera pues se planeaba la formulación de un nuevo plan de estudios. Ahora bien, sabido es que la continuidad en el tiempo de las prácticas -el dictado de determinada materia es una de ellas- tiende a consolidar rutinas susceptibles de ofrecer resistencia a posibles intentos de cambio. La primera distribución de materias fue entonces una primera iniciativa que limitaría posteriores decisiones.

Los concursos docentes

La realización de concursos constituyó la única iniciativa definida que tuvieron las autoridades de la Universidad para Sociología. Debido a que todavía no se había

acordado un nuevo plan de estudios, los llamados debieron hacerse por “áreas” y no por materias. Con ello se buscaba asegurar cierto margen de libertad pero la verdad es que cualquier esquema ulterior debería contemplar las especialidades de los docentes que ganaran los concursos. De hecho, las tres áreas que más cargos ofrecieron fueron “teoría sociológica”, “metodología y técnicas de la investigación”, e “historia social”⁷; representación mayoritaria que prefiguraba la organización de la carrera en las tres ramas que finalmente fueron definidas⁸. Así, aun cuando no hubiera en la dirección una idea definida sobre qué perfil darle a la Carrera, la elección de las áreas y la cantidad de puestos ofrecidos en cada una constituía una definición en algo en lo que difícilmente se podría ser neutral. Como en la primera distribución de materias, algunos trazos comenzaban a realizarse en la carrera, trazos que irían dando forma y condicionando el cuadro general que iría emergiendo⁹.

Los cargos que se concursaron fueron con dedicaciones simples. La Carrera podía atraer a algunos profesores de gran trayectoria pero sólo si el compromiso no iba más allá del dictado de una materia. En tal contexto, una exigencia horaria mayor, como la que suponía una dedicación exclusiva, hubiese alejado a este grupo de sociólogos que tenían inserción en otros espacios más dinámicos, en algunos casos, vinculados a la función pública, en otros, a centros independientes de investigación¹⁰. La dedicación simple fue entonces una forma de asegurar, en las condiciones de aislamiento y marginalidad vigentes en la Carrera, la integración de profesores prestigiosos¹¹. Este mecanismo no era novedoso en el espacio más general de la Universidad donde varias carreras tradicionalmente se organizaron en base a la dedicación simple para poder atraer a los docentes mejor preparados.

Las diferencias con la época fundacional son una vez más notorias. Una pieza fundamental del proyecto de Germani era la dedicación exclusiva pues entendía que

⁷ En la primera se llamó a cubrir cinco cargos de profesor titular y diez de adjunto, en la segunda, dos de titular y cuatro de adjunto, y en la tercera, tres de titular y el mismo número para adjunto.

⁸ La carrera de sociología está estructurada en tres “ejes temáticos”: “teórico, metodológico e histórico”. Puede verse el plan de estudios, vigente desde 1988, en: <http://sociologia.fsoc.uba.ar/plan/plan.htm>

⁹ Las otras áreas fueron: sociología rural, sociología laboral, psicología social, estadística, demografía social, economía política, antropología social, sociología política, sociología de la educación, sociología de la salud y sociología de las organizaciones. En todas se ofrecieron dos cargos, uno de profesor titular y uno de adjunto. En total se llamó a concurso en catorce áreas y se pusieron en disputa cincuenta cargos.

¹⁰ Por lo demás, los exigüos ingresos que proporcionaba una dedicación exclusiva no resultaban atractivos para quienes podían acceder a mejores oportunidades laborales

¹¹ Así parece confirmarlo el destino de las dos únicas dedicaciones exclusivas que se ofrecieron en los concursos. Mientras que la del área de teoría social quedó desierta pues nadie de los dieciséis postulantes se interesó por la misma; la del área de metodología fue cedida por el ganador del concurso –que optó por una dedicación simple- a quien le seguía en el orden de mérito. Por varios años, esta sería la única dedicación exclusiva en la renovada carrera de Sociología.

sólo en esas condiciones sería posible promover el vínculo entre docencia e investigación que debía distinguir a la nueva carrera de las cátedras de sociología que habían funcionado desde comienzos de siglo. El brillo que la nueva carrera cobraba entonces como parte protagónica de un proyecto transformador de la universidad le posibilitaba aspirar a que los docentes hicieran de esa su principal actividad. Esta coyuntura contrastaba fuertemente con la opacidad propia de su situación tras la vuelta a la democracia.

Concursos y acercamiento informal

Más allá de la centralidad acordada a los concursos y su funcionamiento eficiente, muchos profesores no llegaron a la Carrera por este medio. Movidos por su propia iniciativa en algunos casos o por la invitación de algún colega que ya estuviera dando clases, decidieron acercarse y ofrecerse para el dictado de alguna materia. La buena recepción de parte de la dirección de la Carrera hizo que rápidamente el plantel original legado por Torrado fuera aumentando. Sin dudas, los tiempos de los concursos no alcanzaban a cubrir las necesidades de una carrera que debía ofrecer materias y seminarios a los estudiantes que habían iniciado sus estudios durante la dictadura y a los nuevos que iban ingresando en democracia.

Sin embargo, otra razón parece haber pesado en estas incorporaciones. Entre profesores y alumnos había un fuerte consenso: en la nueva carrera, una vez excluidos aquellos docentes que habían participado durante la dictadura, no deberían haber exclusiones de ningún tipo. Contra los anteriores enfrentamientos y prácticas excluyentes, en base a criterios politizados, debía ahora primar un pluralismo que permitiera coexistir en un mismo espacio. No obstante, un recurso era indispensable para este acceso informal: haber tenido una participación significativa en la Carrera en algún momento previo a su vaciamiento de mediados de los setenta. Ciertamente este antecedente no necesariamente remitía a lo estrictamente académico, sino que podía implicar un definido componente político como haber estado implicado en los debates y luchas ideológicas que se habían dado en la Carrera. No debería extrañar que esto fuera así debido a la fuerte politización de un espacio donde la separación de criterios intelectuales y políticos había sido seriamente cuestionada.

En estas condiciones, dos lógicas se superpusieron. Por un lado, aquella promovida por el Rectorado basada en la masiva política de concursos. En este caso, al menos formalmente, sólo los méritos académicos e intelectuales –y no el prestigio político o ideológico- podían determinar con justicia quién podría integrarse a la

universidad y quien no. Por el otro, aquella presente en la Carrera, que sobre la base de una primera exclusión de índole política, aseguraba la integración de todos aquellos que, con alguna participación previa, quisieran participar.

La eficacia de la lógica informal se observó cuando profesores que perdieron los concursos en un área afín a la materia en la que estaban dando clases no fueron separados de sus cargos. Aun con la decisión adversa del jurado, pudieron continuar ejerciendo su función. Los concursos pues no buscaban legitimar posiciones ya asignadas. Sin embargo, el consenso de no excluir fue determinante. Si los concursos podrían incorporar nuevos profesores, serían incapaces de excluir a quienes ya estuvieran dando clases. En tales condiciones, Sociología se fue haciendo de un numeroso plantel docente.

Plantel docente y proyecto académico

Si a mediados de los cincuenta, Germani había tenido una idea de carrera pero le faltaban profesores para llevarla a cabo, ahora, a mediados de los ochenta, estaban los profesores pero faltaba una idea de carrera. Si en el primer caso, debido a las iniciativas de Germani ya mencionadas, el déficit fue superado al menos por un tiempo, en el otro, la dificultad se revelaría más duradera.

Si el sociólogo italiano buscaba estimular una común adhesión a una forma de entender la sociología y generar consenso sobre las teorías, los métodos y el rol práctico de la disciplina, entre los profesores que llegaban a la carrera tras la vuelta a la democracia no había tal búsqueda de consenso sobre las líneas en que debería formarse a los nuevos sociólogos. La gran heterogeneidad de concepciones, en el pasado muchas veces excluyentes, que ahora convivían en la misma institución, hacía difícil un acuerdo sobre qué perfil darle a la Carrera.

De un lado, búsqueda de homogeneidad y fuerte compromiso en el plantel docente –recuérdese lo dicho sobre la dedicación exclusiva–, permitieron a Germani, al menos por un tiempo, conducir un proyecto de creación institucional tendiente a formar sociólogos con un perfil definido. Del otro, heterogeneidad y menor participación, inducían una reconstrucción institucional pluralista de perfil más difuso.

Sin una instancia que piense el conjunto de la carrera, lo que hubo fue un conjunto de docentes aislados unos de otros que se fueron haciendo cargo de las distintas materias. Mucho más que el armado de algo conjunto, con cierto grado de coherencia u organicidad, se fue dando un reparto de materias en las que los docentes

definían los contenidos que impartían sin ninguna interacción con la dirección de la Carrera o con el resto de sus pares.

Las trayectorias previas de los docentes

Hay una creencia compartida de que, tras la instalación de la democracia, la Carrera se rearmó con aquellos profesores que habían estado exiliados durante la dictadura y que, dadas las nuevas condiciones políticas, volvían al espacio al que habían pertenecido. Sin embargo, esta creencia como toda creencia es altamente ideológica pues a pesar de que contiene una parte de verdad, constituye un relato selectivo y deformado de lo que efectivamente sucedió.

Además de los que volvían, hubo muchos docentes que habían permanecido en el país desarrollando diversas actividades, algunos encontrando empleo en empresas de mercado, otros en alguna dependencia estatal. En varios casos, esas actividades fueron acompañadas por la enseñanza en universidades privadas. Asimismo fue importante la participación en centros académicos independientes ya sea realizando investigaciones o dando cursos.

¿De dónde deriva entonces el predominio de una creencia que destaca la participación de unos y ensombrece la de otros? Sin dudas, el hecho de que varios de los profesores consagrados que ocuparon las principales materias hayan debido exiliarse fue un hecho decisivo. Sin embargo, también parecen haber operado otros factores no tan obvios.

Por un lado, la idea de que durante la dictadura no había habido sociología en la Argentina. El clima represivo instalado y la desarticulación de la Carrera hacían pensar que la sociología, un discurso que a lo largo de su trayectoria, y sobre todo durante la fuerte politización de los sesenta, había tenido un perfil fuertemente crítico y politizado, habría sucumbido en las condiciones imperantes. La intervención de la Carrera se asoció sin más a la eliminación de la sociología. Ahora bien, vimos cómo algunas instancias alternativas como las universidades privadas y ciertos centros académicos de investigación pudieron dar refugio a la enseñanza y a la investigación. Claro está, en las difíciles condiciones imperantes sólo pudieron hacerlo gracias a un significativo repliegue. Sin poder difundir ideas y generar un marco de discusión extendido, la sociología, si bien no fue eliminada, debió subsistir “encapsulada” en ciertos ámbitos poco visibles –parte de lo que comúnmente se designan como “las catacumbas”-.

Por el otro, el prestigio acordado al exilio. Tras la vuelta a la democracia, haber tenido que dejar el país era la expresión de la disidencia y oposición hacia un régimen

represivo y dictatorial. Tal trayectoria era valorada positivamente en el contexto de una carrera en la que, como veremos, un perfil crítico se fue consolidando.

De esta manera, una genealogía de la Carrera que rescatara las fuentes que venían de afuera y minimizara las locales resultaba una “autoimagen” más atractiva¹². El rol de las universidades privadas como ámbitos de enseñanza de buen nivel quedó opacado tanto como el de los centros de investigación privados. De hecho, estos últimos prontamente fueron uno de los blancos de las críticas de los estudiantes ya que, según su opinión, promovían un estilo de trabajo “no comprometido” y “despolitizado”.

Dado lo anterior, si bien quienes permanecieron en el país ejerciendo su profesión de manera dificultosa, encontraron espacio en la carrera, sólo pudieron hacerlo a cambio de una cierta “invisibilización” de sus trayectorias previas. En aquellas condiciones, la creencia -que llega hasta nuestros días- que sostiene que Sociología se rearmó principalmente con sociólogos que volvían al país luego del exilio, pudo operar atribuyendo a todos los docentes, lo que era propio de unos pocos.

Los sociólogos que no se integraron a la carrera

Con la expectativa de hallar un espacio donde ejercer la docencia, varios expertos en análisis de mercado y analistas de opinión se inscribieron a los concursos de las áreas de metodología y estadística. Sin embargo, esta intención fue rápidamente abandonada pues al momento de la entrevista, ninguno se presentó. Si bien no había en la dirección de la carrera una apuesta por desarrollar cierto enfoque particular en detrimento de otros, la movilización de los alumnos y sus expectativas de encontrar en la sociología una forma de pensamiento crítico antes que una salida laboral generaron un ambiente poco propicio para una sociología más técnica. Conscientes del escaso entusiasmo –e incluso de las resistencias- que sus conocimientos hubieran despertado, estos sociólogos se alejaron.

Desde la institucionalización universitaria de la sociología, toda carrera de sociología, en cualquier país del mundo –lo han señalado varios autores- se ve enfrentada a una tensión entre dos tendencias contrapuestas: favorecer la sociología como discurso crítico –impugnadora de la dominación y las relaciones de poder establecidas- o estimular la sociología como profesión -preocupada por garantizar a sus

¹² Ello era así aun cuando los estudiantes no compartieran el nuevo posicionamiento político de ciertos profesores que en el exterior habían llevado a cabo una fuerte revisión de las ideas que habían sostenido en el pasado. Aunque sus nuevas opiniones no despertaban el entusiasmo de los estudiantes, estos no podían dejar de sentir que su presencia le daba prestigio a la Carrera. Su trayectoria política de fuerte implicación en los setenta y su significativa inserción en los debates nacionales del momento, jerarquizaban un espacio que, como se dijo, era marginal.

practicantes una buena inserción en el mercado laboral. En la Universidad de Buenos Aires, tras la vuelta a la democracia, en consonancia con la trayectoria previa, esta tensión comenzaba a resolverse en favor del primer polo¹³.

Los estudiantes de sociología. Movilización y nuevo delegado del rector

El número de estudiantes de Sociología se mantuvo relativamente bajo hasta que en 1986 se produjo el ingreso de aquellos provenientes del recientemente creado Ciclo Básico Común. Esta situación permitió una mayor activación de los estudiantes que desde temprano constituyeron una voz de peso en la orientación de la Carrera.

Los nuevos alumnos se vieron, de inmediato, enfrentados al hecho de que llegaban a una carrera con graves dificultades materiales y organizativas. El inconveniente más evidente, pues saltaba a la vista de todos, era el lugar donde se cursaba. Si bien las nuevas autoridades universitarias habían mudado la carrera de su aislado emplazamiento en el sótano de la Facultad de Derecho a uno de los márgenes de la Facultad de Arquitectura, su nueva ubicación resultaba todavía deficiente. Por su parte, los problemas organizativos generaban gran incertidumbre sobre el normal desarrollo la cursada. En efecto, había un gran desorden curricular pues convivían dos planes de estudios, aquel de la dictadura que se había decidido reemplazar y uno nuevo diseñado para los ingresantes del CBC que era rechazado por las agrupaciones estudiantiles. Aun cuando ya hubiera algunas cátedras funcionando, primaba una sensación de precariedad e inseguridad. Contra esto los estudiantes exigían la realización de concursos para asegurar la continuidad de los profesores, así como otras medidas que garantizaran una buena calidad en la enseñanza.

Tales reclamos eran acompañados por iniciativas más generales de carácter ideológico y político. En este sentido, los estudiantes se movilizaron de diversas formas rechazando la presencia de quienes habían enseñado durante la dictadura militar pero también impulsando cierta idea sobre lo que debía ser la sociología como disciplina e institución universitaria. Observando las principales consignas y reclamos de las

¹³ Promotores del desarrollo de una sociología “aplicada” tendiente a dar respuestas a las demandas de la sociedad, los sociólogos vinculados a los estudios de mercado y de opinión pudieron en varios casos montar empresas muy exitosas. Sin embargo, tales iniciativas no habían encontrado eco en la orientación de la Carrera. Su idea de una sociología que debía ofrecer sus servicios en el mercado y preocuparse por conquistar una clientela, había estado en las antípodas del estilo predominante, sobre todo a partir de la fuerte politización de los sesenta. La idea de un “técnico neutral” que ofrece sus conocimientos a quien pueda pagarlos, no podía menos que chocar con la imagen del “intelectual crítico” que gozaba de gran predicamento en aquel entonces. Esto no impidió que importantes sociólogos refirieran en destacados medios las bondades que el desarrollo de una sociología “aplicada” tendría para la propia sociología “académica”. Estas voces, en aquel clima de politización, fueron unas veces duramente criticadas y otras sencillamente ignoradas. Al respecto pueden verse Di Tella (1967), Mora y Araujo (1971) y Verón (1974).

agrupaciones estudiantiles se comprueba que los estudiantes buscaban en la sociología mucho más de lo que habitualmente buscan quienes deciden comenzar una carrera universitaria. Más que una profesión, aspiraban a encontrar un punto de miras y acción que los vinculara a la sociedad desde una posición crítica. Reclamando a la carrera un compromiso con los sectores dominados de la sociedad, la sociología era asociada estrechamente a la militancia y al compromiso social y político.

Centrando su oposición en la dirección de la Carrera, rápidamente la demanda que nucleó a todas las agrupaciones fue: “Fuera Gravenhorst”. En su lugar se exigía la instauración del cogobierno y la elección de un nuevo director capaz de reorganizar la carrera y garantizar la cursada. La iniciativa de los estudiantes alcanzó el éxito cuando un grupo de docentes y graduados se sumó a sus demandas. Producto de sucesivas asambleas una junta que reunía miembros de los tres claustros comenzó a funcionar de forma paralela a la dirección que seguía ejerciendo Gravenhorst. En estas condiciones, acosado “desde abajo” por la resistencia estudiantil y el nuevo gobierno paralelo, y sin sostén “desde arriba” ya que Delich había dejado su función hacía algunos meses, el joven sociólogo abandonó su cargo a mediados de 1986.

Finalizaba otra etapa en la Carrera luego de su reapertura en democracia y, otra vez, lo hacía en medio de un conflicto. El intento normalizador de las autoridades universitarias con una figura de perfil bajo, que nunca buscó dar un contenido definido a este espacio, terminaba con graves dificultades para garantizar el desarrollo de la cursada y acosada por la resistencia de los estudiantes.

Luego de cierta incertidumbre sobre quién podría ser el reemplazante de Gravenhorst, la junta decidió convocar a Mario Margulis. Apoyado por las agrupaciones estudiantiles y con el consenso del cuerpo de profesores y de los graduados, la nueva figura era conocida por un libro publicado en 1968 que había alcanzado cierta difusión en latinoamérica. El estilo del libro así como su temática -referida a la marginalidad y la migración en Argentina- asociaban al nuevo delegado con un perfil crítico, afín con las demandas estudiantiles. Una vez más, como varias veces a lo largo de la trayectoria de la carrera, la orientación del movimiento estudiantil tenía un gran influjo en el perfil que se iría consolidando.

La gestión de Margulis. Pluralismo y búsqueda de consenso

Margulis formaba parte del conjunto de profesores que a mediados de los setenta había debido exiliarse. Desde su vuelta al país en 1986, no había tenido contactos con la

Carrera y estaba a punto de incorporarse a la reabierto Universidad de Luján cuando, para su sorpresa, fue convocado para desempeñarse como delegado del rector. Más allá de las credenciales que lo habilitaban para desempeñarse en el cargo, el hecho de haber estado apartado de la carrera fue un aspecto decisivo en su elección. Ello le permitía aparecer como una figura mediadora, ajena a los intereses que estaban en juego y, por lo tanto, capaz de obtener el consenso de los diferentes actores que había en la Carrera. Así, más allá de todas las diferencias que lo separaban de su antecesor, esta relativa autonomía era un significativo punto de contacto.

Los condiciones heredadas

Si la designación de Gravenhorst expresaba una explícita prescindencia para definir un determinado tipo de carrera, Margulis, de la misma manera que Torrado, hacía pensar en una dirección más activa, no limitada a lo administrativo. En efecto, el nuevo director era alguien que, dada su trayectoria, podría pensar la Carrera globalmente y darle una impronta más ordenada y coherente. En este sentido, la principal iniciativa fue el diseño de un nuevo plan de estudios, con el que se esperaba cerrar definitivamente la etapa de transición desde la dictadura, consolidando por fin a la carrera en democracia.

Ahora bien, más allá del perfil activo que Margulis buscaba darle a su gestión, prontamente debió confrontar una realidad: el puesto al que había arribado estaba marcado por una significativa debilidad. Se trataba de una posición que no habilitaba a encarar grandes reformas ni a imprimir un sello propio a la orientación de Sociología.

A diferencia de Germani que pudo liderar, gracias a condiciones particularmente favorables, una empresa que arrancaba “desde cero”, el nuevo director llegaba a un espacio que venía funcionando –aunque de manera desordenada- desde hacía más de dos años. Las anteriores gestiones habían dejado, aun con la brevedad de la primera y a pesar de la vocación prescindente de la segunda, una significativa herencia: plantel de profesores amplio y variado, distribución de materias entre los docentes, numerosos concursos realizados y otros por sustanciarse. Estos factores limitaban severamente el margen de opciones y selecciones que podría encarar el nuevo delegado. Había, en efecto, una serie de rutinas y prácticas consolidadas que, una vez establecidas, resistían intentos voluntaristas de cambio¹⁴.

¹⁴ De un lado, con Germani, una dirección fuerte que definía las líneas generales de la carrera, influía en la definición de los contenidos de cada materia y elegía quiénes eran los profesores que estaban a su cargo. Del otro, con Margulis, una dirección débil que debía admitir la existencia de cátedras con gran independencia en su orientación y cuyos profesores, que no habían sido convocados por esta gestión,

Ante tal realidad, ¿qué opciones le quedaban al delegado del rector? Descartada la posibilidad de propiciar cambios ambiciosos tendientes a reorganizar la carrera en un sentido más definido por ilusorios, pero descartada también, dada su trayectoria, la tentativa de mantener un perfil prescindente a la manera de su antecesor, el nuevo director encontró una fórmula que le permitió, haciendo virtud de necesidad, salir del paso. Si lo que había en la carrera era un fuerte consenso tendiente al pluralismo y a la convivencia de estilos diferentes, estos valores serían tomados como “banderas” de su gestión. Convocado como una figura mediadora, el pluralismo intelectual y político sería el sello propio de la gestión de Margulis, y la cualidad a partir de la cual legitimarse¹⁵.

Los docentes que participaron y los sociólogos consagrados

Hemos dicho ya que para la mayoría de los docentes, dada el predominio de las dedicaciones simples, la enseñanza en Sociología era una más entre otras inserciones a las que dedicaban más tiempo. Sin embargo, hubo cierto grupo para el que la participación en este espacio devino una ocupación de tiempo completo. Durante la etapa de Gravenhorst, se habían movilizado junto a los estudiantes. Una vez llegado Margulis, acompañaron de cerca a la nueva gestión. Esta actividad era vivida con un fuerte compromiso pues se trataba, en su visión, de reconstruir un ámbito particularmente afectado por la dictadura militar.

Sin embargo, fue otro el grupo de docentes que devino la “cara visible” de la Carrera, uno para el que este ámbito, en contraste, permanecía en un plano ciertamente secundario: los sociólogos de mayor trayectoria. El prestigio asociado a su trayectoria intelectual y política así como a sus presentes labores –en algunos casos se desempeñaban como asesores de la máxima autoridad política del país- hacía que su participación en la carrera contribuyera a jerarquizar un espacio que era marginal. Además, su presencia contribuía a legitimar la reconstrucción que se estaba llevando a cabo. Si ciertos sociólogos consagrados no hubieran participado en este espacio, la naturaleza de lo que se estaba haciendo podría haber sido cuestionada.

no compartían una común orientación sociológica. Si a mediados de los cincuenta, en la relación entre la dirección y las cátedras, predominaba el centralismo en favor de la primera, a mediados de los ochenta, la organización de las últimas en la forma de dominios prácticamente autónomos, cambiaba el sentido de la relación y limitaba fuertemente las atribuciones e injerencia de la dirección.

¹⁵ Muy representativa de lo anterior fue la decisión de conformar para cada materia dos cátedras diferentes, una para cada turno. Se buscaba alentar el perfil pluralista de la carrera ya que distintas perspectivas -intelectuales y políticas- podrían ser expresadas y ofrecidas a la elección de los alumnos.

Hubo entonces entre los dos grupos considerados una tácita división de tareas. Si unos, destinando buena parte de sus energías, acompañarían a Margulis en la gestión y reorganización de la Carrera, los otros, con una presencia más limitada pero fundamental, darían visibilidad y jerarquía a un ámbito en reconstrucción.

El nuevo plan de estudios

La formulación del nuevo plan de estudios fue una iniciativa en la que el director de Sociología procuró generar el máximo consenso posible, presentando su diseño como un proceso en el que todos podían participar y debatir. En este sentido, propició la formación de una comisión –la Comisión Curricular Permanente- en la que estudiantes, graduados y docentes, junto a las autoridades de la Carrera, discutirían periódicamente.

La formulación del plan de estudios transcurrió en un clima de consenso, sin grandes controversias o polémicas; contrariamente a lo que los diferentes estilos cobijados por la carrera podrían hacer pensar. Sin sobresaltos, el proceso se extendió durante poco más de un año, desde fines de 1986 hasta comienzos de 1988, cuando finalmente se aprobó el nuevo plan¹⁶.

Margulis buscó, sin renunciar al pluralismo vigente, dar a la carrera un perfil más definido. Para este ordenamiento, propuso la formación de distintas “orientaciones” que sobre la base del agrupamiento de ciertas materias optativas permitiese una sistematización de la variada oferta disponible. Se trataba de especializaciones entre las que los alumnos, al promediar sus estudios, podrían elegir de acuerdo a sus intereses. Desde “teoría social”, a “sociología laboral”, pasando por “estudios de población”, la diversidad de orientaciones contempladas por el nuevo plan de estudios –que, por lo demás, dejaba abierta la posibilidad de incorporar nuevas orientaciones- era tal que, nuevamente, la voluntad mediadora y pluralista de esta gestión no podría ser puesta en duda.

Ahora bien, más allá de esta tentativa ordenadora, el nuevo plan de estudios no generó cambios significativos en el funcionamiento de Sociología. La herencia de las anteriores gestiones, como ya dijimos, había consolidado un arreglo institucional poco receptivo a la introducción de reformas. En estas condiciones, antes que una organización detallada, el nuevo plan de estudios fue un simple listado de materias que,

¹⁶ Aprobado de manera unánime -sólo hubo una abstención-, las únicas diferencias se dieron en torno a la decisión de establecer como obligatorias u optativas ciertas materias. Para los docentes que estaban a cargo de las mismas esta era una cuestión muy relevante porque la definición como obligatoria de una materia aseguraba un caudal de alumnos constante y una estabilidad mayor. Constituía, además, el reconocimiento de parte de la carrera del carácter imprescindible de aquello que enseñaban para la formación de todo sociólogo.

sin introducir cambios en la cursada, sirvió como legitimación de una situación previamente configurada. De hecho, no fueron pocas las materias que venían del plan de 1976, a las que sólo se les cambió el nombre. Claro está, el contenido ya había sido renovado¹⁷.

Las materias optativas

Una característica peculiar del nuevo plan de estudios era la importante proporción de materias optativas que establecía. Luego de tres años de cursada, donde el recorrido estaba puntillosamente delimitado, el estudiante se veía impulsado a escoger entre una variada oferta de materias optativas. En la visión de quienes habían diseñado el plan, este carácter abierto buscaba asegurar la flexibilidad de la carrera para incorporar nuevos contenidos en una disciplina que, como otras ciencias sociales, estaba siempre cambiando e incorporando nuevas perspectivas. La proporción de estas materias debería mantenerse limitada en función de la existencia de las orientaciones. Sin embargo, rápidamente se produjo un fuerte incremento en su número que, por la heterogeneidad de temas y enfoques, minó aquella intención¹⁸.

¿Qué sucedió? La posibilidad de sumar nuevas materias -el nuevo plan no fijaba límites- comenzó a funcionar, desde temprano, como un mecanismo tendiente a integrar nuevos profesores sin que mediase la necesidad de desplazar a otros que ya estuvieran dando clases. Si el plan de estudios hubiera definido un volumen finito de optativas, los aspirantes a incorporarse al plantel docente hubieran generado una mayor competencia por los espacios disponibles. En tales condiciones, las materias optativas fueron una forma de dar cabida a todos lo que quisieran participar –y cumplieran los requisitos para hacerlo- en un ámbito en el que el pluralismo era un valor extendido. Este mecanismo se convirtió entonces en la forma tendiente a asegurar a cada quien un espacio.

Se evitaron así las conflictivas reacomodaciones que se producen en toda institución cuando nuevos actores pugnan por participar de los beneficios materiales y simbólicos que la misma ofrece. Se comprende además cómo fue posible la existencia

¹⁷ Es preciso destacar que a pesar de su escasa influencia en la práctica, su aprobación fue vivida por los protagonistas como un paso fundamental en la reinstitucionalización de la Carrera en democracia. Es que el consenso que signó la formulación del plan de estudios ofrecía un marcado contraste con las agitadas disputas y peleas que habían caracterizado este espacio desde su fundación. La formación de la nueva “ley fundamental” en un proceso en el que todos podían participar y que no excluía a “nadie” fue pensado entonces como una verdadera refundación tendiente a abandonar las prácticas excluyentes del pasado.

¹⁸ Ya en 1988, el número de materias optativas y seminarios, considerados en conjunto, era tres veces mayor al número de materias obligatorias y abarcaban temáticas de lo más variadas.

de las dos lógicas mencionadas en la conformación del plantel docente y que los concursos no cumplieran con una de sus dos funciones centrales: excluir¹⁹.

Conclusión

Si una de las razones detrás de la inestable trayectoria de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires había sido la inexistencia de un acuerdo extendido entre los sociólogos a la hora de definir los límites de su disciplina, cabe preguntarse si la nueva etapa democrática, crítica de las viejas exclusiones, supuso la emergencia de un tal acuerdo.

A partir de la reconstrucción realizada vimos que el novedoso consenso que nucleaba a los profesores y alumnos –aquel tendiente a incorporar a todos aquellos que, sin vinculación con la dictadura y con algún antecedente significativo en la carrera, quisieran participar- no iba más allá de la afirmación de la sociología como una empresa crítica –más atenta al desarrollo del pensamiento crítico que a la formación de sus practicantes en vistas al mercado de trabajo-. Dentro del amplio margen así comprendido, lejos de una integración de perspectivas en pos de ciertas ideas comunes, lo que hubo fue una yuxtaposición de estilos diferentes que, sin diálogo, convivían en aulas contiguas, uno al lado del otro. La acentuada autonomía de cada cátedra se correspondió con un perfil impreciso de la Carrera y con la debilidad de su dirección, lugar desde el cual, a diferencia del momento fundacional encabezado por Germani, no era posible imprimir un sello definido al conjunto.

Dos factores se asociaron entonces a la novedosa estabilidad a la que nos referimos en la introducción. De un lado, la baja intensidad de la relación que la mayoría de los docentes mantuvieron con la carrera que, dado el predominio absoluto de la dedicación simple, devino un lugar de paso. Un espacio donde sólo se daba una clase en la semana ciertamente no motivaba las discusiones y controversias, a veces excesivamente apasionadas, que se habían dado en otros tiempos. Del otro, el crecimiento de las materias optativas devino un importante reaseguro de la convivencia ya que permitía que la llegada de nuevos docentes no implicase el desplazamiento de los que ya estuvieran dando clases. En aquellas condiciones, materias, programas, profesores, plan de estudios, pudieron configurarse como algo duradero y estable que

¹⁹ En lo sucesivo, la incorporación de materias optativas seguiría operando en las distintas gestiones que se hicieron cargo de la dirección de la carrera una vez que Margulis dejó su puesto. De esa forma, nuevos profesores, allegados a los diferentes directores, pudieron incorporarse a un espacio en el que las materias existentes raramente cambiaban de titular. Sin dar de baja ninguna materia o excluir a nadie, cada gestión creó nuevos espacios que se fueron sumando a los anteriores de manera tal que el número fue siempre en aumento.

inauguró el período más largo desde la fundación de ese espacio a mediados de los cincuenta.

Bibliografía

- Blanco, Alejandro (2004): “La sociología: una profesión en disputa”, en Neiburg, Federico y Mariano Plotkin: *Intelectuales y expertos*, Buenos Aires, Paidós.
- Blanco, Alejandro (2006): *Razón y Modernidad. Gino Germani y la sociología en Argentina*, Buenos Aires, SigloXXI.
- Buchbinder, Pablo (1997) *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Buchbinder, Pablo (2005): *Historia de las universidades argentinas*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Di Tella, Torcuato (1967): “La sociología y la praxis social”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol.3, nº1.
- Mora y Araujo, Manuel (1971): “La sociedad y la praxis sociológica”, *Desarrollo Económico*, Vol.11, nº41.
- Neiburg, Federico (1998) *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza.
- Noé, Alberto (2005) *Utopía y desencanto*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Perel, Pablo, Eduardo Raíces y Martín Perel (2006): *Universidad y dictadura*, Buenos Aires, Ediciones CCC.
- Raus, Diego (2007): “La sociología en el ‘Proceso’”, *Sociología en Debate*, nº1.
- Rubinich, Lucas (1999): “Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los años sesenta”, *Apuntes de Investigación del CECYP*, nº4.
- Sidicaro, Ricardo (1993):”Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 517-519.
- Verón, Eliseo (1974): *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento: 25 años de sociología en Argentina*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.